

**Thomas REID, *La filosofía del sentido común*, traducción e introducción de José Hernández Prado, México: Universidad Autónoma Metropolitana 1998, 362 pp.**

*La filosofía del sentido común* es una antología de textos del filósofo Thomas Reid. El editor José Hernández Prado ha traducido y seleccionado fragmentos para presentar en un panorama de la filosofía de Thomas Reid.

Hernández añadió a su selección un ensayo introductorio de su propia autoría que sitúa a Reid en relación con otros pensadores de la época: Descartes, Hume, Locke, Berkeley, etc.; cuyas teorías fueron estudiadas y criticadas por Reid. El ensayo menciona muchas de las obras de Reid y sigue la trayectoria intelectual del pensador escocés; la diversidad de los temas que interesaron a Reid durante su vida contrasta con la imagen de filósofo marginal tardo escolástico preocupado por obviedades, que algunos tienen de él. Hernández rescata un Reid eminentemente moderno, que entiende la Filosofía como una ciencia universal donde confluyen de modo armónico la cien-

cia empírica, el análisis de la cultura y la vivencia religiosa.

La antología recopila una selección de tres obras: *An Inquiry into the Human Mind on the Principles of Common Sense* (1764), *Essays on the Intellectual Powers of Man* (1785) y *Essays on the Active Powers of Man* (1788). A continuación mencionaré algunas de las reflexiones importantes de cada uno de estos ensayos.

*Una investigación de la mente humana bajo los principios del sentido común* (1764)

Analiza si existen ciertos principios a los que se sujetan las mentes humanas en su proceder. Reid dialoga con posiciones de Descartes, Malebranche y Locke. Alaba su rigor metodológico y el interés que pusieron en la definición de los términos filosóficos. Observa también lo agudo de su intelecto y los notables argumentos que formularon. Sin embargo critica que los tres hayan negado la validez del conocimiento empírico. Para Reid el descrédito del empirismo lleva a cuestionar la existencia del mundo exterior. Así lo hicieron algunos filósofos y después

se tuvieron que recurrir a rebuscados argumentos para tratar de probar la existencia del mundo exterior. Para Reid cualquier ser humano sano y en condiciones normales cree en la existencia del mundo exterior. Sólo una filosofía de la duda mueve a sospechar de algo que cada uno da por sentado en su actuar desde que tiene uso de razón.

En la cuestión sobre la existencia del mundo exterior se da un enfrentamiento entre el sentido común y las intrincadas argumentaciones de filosofías particulares. Según el escocés la Filosofía, para constituirse como ciencia y superar una mera enumeración arbitraria de ocurrences reflexiones, requiere mantenerse dentro de los límites del sentido común. Esos límites comprenden aquellos conocimientos que se presentan a las personas sanas como evidentes; entre ellos, por supuesto, está la confianza en la existencia del mundo exterior. Una filosofía que se desapega del sentido común corre el peligro de enumerar frivolidades: ocurrences sistemas de ideas, de coherencia admirable pero completamente ajenos a la experiencia de las personas comunes.

De acuerdo con Reid el método que corresponde a la Filosofía es empírico-reflexivo: una reflexión a partir de las experiencias particulares y de las experiencias de otro. Cuando la reflexión llega a conclusiones incompatibles con la experiencia, es la reflexión la que debe ser corregida y no la experiencia. Situación muy natural si se considera que somos capaces de orientar nuestras reflexiones en sentidos distintos, pero no podemos alterar el modo en que naturalmente conocemos; somos incapaces de obligar a nuestros sentidos (incluido el sentido común) a conocer lo "otro" de un modo distinto a como lo hacen.

Los procederes filosóficos que niegan la conexión entre los datos sensoriales y un mundo exterior que los origina, inician por postular un idealismo y acaban en sistemas escépticos. El escepticismo está implícito en el idealismo: quien desconfía de la capacidad de sus sentidos para conocer la realidad ¿por qué motivo habría de confiar en la capacidad de su mente para denunciar los engaños de los sentidos, dado que ambos son capacidades naturales que nos han sido dadas? Un discurso filosófico particular es válido en

la medida en que se mantiene vinculado con la experiencia. El papel del filósofo es observar la naturaleza e interpretarla. Es a partir de los datos de nuestros sentidos que se llega al conocimiento. El único camino para conocer la naturaleza es la experiencia: a través de la observación el filósofo descubre las conexiones que se dan entre los seres naturales, así como las consecuencias que se derivan de ellos.

La insistencia de Reid en afirmar que la experiencia representa una salida cierta al mundo exterior, y la consecuente creencia en el mundo exterior, no demeritan la capacidad humana de introspección: para conocer a la mente humana hay que ejercitarla; es al conocer aquello exterior a nosotros que descubrimos el proceder natural que seguimos en nuestros conocimientos, el funcionar de nuestros sentidos y los principios básicos que espontánea sigue la mente humana al vincularse con el mundo exterior. De ello se deduce una nota esencial del pensamiento de Reid: la unidad y consistencia del universo natural.

No existe división entre el ser humano y la naturaleza, no hay

algo así como un mundo de representaciones humanas y un mundo natural. El ser humano, en tanto que animal, es natural y cualquier representación que posea se deriva de la naturaleza. Del mismo modo no hay divisiones al interior del humano: la facultad cognoscitiva humana implica la interacción de los sentidos externos y de la mente. El conocimiento de la mente no consiste en la sospecha y descalificación de los datos empíricos; por el contrario, es la interpretación y armonización de los datos empíricos. Mente y sentidos se unen naturalmente en un proceso de continuidad. Esta unidad natural sólo ha sido cuestionada por algunas filosofías; no hay nada en el actuar cotidiano de una persona sensata que nos permita suponer que duda de sus sentidos, su mente o de la armonía entre ambas.

*Ensayos sobre las capacidades intelectuales del hombre* (1785)

Desde el inicio Reid se ocupa del lenguaje, tema al que vuelve una y otra vez en sus reflexiones. En un discurso similar al de Hobbes en *Leviathan*, Reid denuncia la ambigüedad de los

términos filosóficos como causa de la confusión en las discusiones filosóficas. Pero también reconoce que las definiciones lógicas son limitadas y no todo se puede definir. La finalidad de las definiciones es esclarecer nombres confusos a través de otras palabras que son más familiares para nosotros. De ahí que existan palabras cuyo significado sea evidente para quien quiera que tenga experiencia en el uso de el lenguaje.

En este ensayo y en otros momentos de su reflexión Reid confía en el lenguaje. Parte de que existe un lenguaje natural, compuesto de signos, gestos y sonidos que expresan las necesidades básicas de un ser humano. Sobre dicho lenguaje se construyen los diversos lenguajes artificiales. Gracias al lenguaje natural podemos entendernos con personas que no hablan nuestra lengua ni pertenecen a nuestra cultura.

El lenguaje natural permite también que las traducciones de un idioma a otro no sean arbitrarias y mantengan el sentido del lenguaje original. Reid cree en las palabras y en el poder que tienen para generar un mundo común.

La creencia en el lenguaje se vincula con la confianza en los sentidos. Reid asume una vinculación entre el uso de las palabras y la experiencia empírica. La validación de nuestras sensaciones y percepciones repercute en la validez de nuestro vocabulario: nuestro vocabulario nombra la realidad.

Parte de nuestra experiencia tiene lugar en la operación de la percepción. De acuerdo con Reid cuando percibimos espontáneamente realizamos dos juicios: que aquello que percibimos existe; y que existe de una manera determinada. Por tanto, cuando se utiliza cualquier instrumento técnico para observar un objeto, lo único que se hace es mejorar las condiciones de la percepción. Los instrumentos no corrigen la percepción, la vuelven más poderosa.

De ahí que para Reid la ciencia sea el refinamiento de la experiencia: "la noción que adquirimos de algún objeto por un sentido externo no debe confundirse con la noción más científica que un hombre que ha llegado a los años de entendimiento puede tener del mismo objeto al atender a sus variados atributos, sus diversas partes, o bien las re-

laciones de estas partes entre sí y con el todo que forman." (p. 165) Reid valida la percepción sensible sin reducir el conocimiento a la primera percepción que se tiene del objeto.

El análisis de las facultades humanas lo lleva al tema de la memoria. Entiende memoria como la capacidad de recordar datos sensoriales y su significado cultural. La identidad se funda en la memorial: asumo que aquello que recuerdo me ocurrió a mí y que sigo siendo el mismo que cuando ocurrió. Si los sentidos engalanaran tendríamos certeza sobre ningún hecho que nos haya acaecido. El ser humano se limitaría a decir que sus sentidos le reportaron ciertos datos, pero no que algo le sucedió.

Carece de justificación cualquier afirmación sobre un hecho en el mundo exterior si éste no existe. De una alteración sensorial no habría justificación para postular alguna alteración exterior. La negación de los sentidos implica la eliminación de un mundo común: un ser humano solo, recluso dentro de sí mismo e incapaz de explicar cómo es que vino al ser, y por qué razón dejará, al morir, de es-

tar en el mundo. Si el mundo no existe carece de sentido ser o dejar de ser, porque no se *es* en ninguna parte.

Otro tema central es el análisis del juicio. Repetidas ocasiones Reid compara al juicio con el testimonio. Establece una analogía entre tribunal de justicia y tribunal interno de la mente. Los tribunales después de analizar las evidencias presentadas emiten sentencia, algo parecido hace la mente: "así la mente humana pronuncia su sentencia con respecto a lo que le resulta verdadero o falso y la establece en concordancia con las evidencias de que dispone." Ciertas evidencias no dejan lugar a duda, otras requieren mayor reflexión. El conocimiento será el balance entre la evidencia y el análisis reflexivo de la evidencia.

La mente humana realiza la operación de juzgar a partir de ciertas concepciones que previamente se han introducido en ella, aunque no se puede decir qué tan temprano. Nociones como verdad y falsedad, afirmación y negación, o la noción de existencia o no existencia, están presentes en la mente de quien juzga aunque no pueda expresarlas ni articularlas con claridad.

En mi opinión este es uno de los puntos más brillantes de la argumentación de Reid. Por una parte rechaza cualquier idealismo que postule ideas innatas; por otra parte, niega también una *tabula rasae* del tipo propuesto por Locke en el primer borrador del *Ensayo sobre el entendimiento humano*. La mente puede ser estar carente de contenidos cuando el ser humano nace, pero antes de que hable, a través de la experiencia, se generan en su mente convicciones espontáneas, como creer en la existencia del mundo exterior, o en la racionalidad de los seres humanos con quienes trata. Estas convicciones tardan en articularse en el lenguaje, y pueden articularse de modo más o menos desafortunado según el talento y la educación de quien las formula.

Thomas Reid concibe al entendimiento humano como el entendimiento de un animal, que como cualquier otra facultad de un ser vivo está sujeto a un proceso de maduración:

"Las facultades de la concepción y del juicio, de igual modo que el hombre mismo, tienen una infancia y una madurez, y todo lo que he señalado se restringe a su estado maduro."

(p. 218) Esto implica que un ser humano es capaz del conocimiento científico sólo cuando sus facultades han alcanzado la madurez.

Reid en este libro trata de nuevo el tema de la relación entre los sentidos y la mente, aunque se centra en la mente como conciencia y su relación con la experiencia. A diferencia de otros pensadores Reid se opone a postular un conflicto entre la conciencia y la experiencia. Argumenta que el resto de los animales cuenta con las facultades necesarias para sobrevivir y reproducirse ¿por qué el ser humano sería de entre todos el único a quien sus facultades engañan? Si todos los seres naturales son así, ¿qué justifica que el ser humano sea de otra manera?

Puede objetarse que Reid adopta una postura positiva respecto al conocimiento humano. Creo que Reid concedería la objeción pero contestaría también que la actitud escéptica carece igualmente de argumentos contundentes a su favor, y es más sensato, y consistente con el modo en que de espontáneo nos conducimos, la actitud confianza de Reid. El escepticismo que toma como base la conciencia

para negar la experiencia olvida que conciencia y experiencia son facultades humanas, y no hay ninguna razón para afirmar la capacidad de una y negar la capacidad de otra; o funcionan todas nuestras facultades o no funciona ninguna. El escepticismo es insensato y, por tanto, irracional.

Reid postula una amistad entre conciencia y experiencia. No hay razón para postular conflicto entre las facultades de un ser unitario. Las facultades humanas no existen por sí mismas, son poderes ejercidos por un mismo ser y radicados en él, son modos de actuar de un ser. La facultad de juicio y la facultad de percepción actúan una con la otra en el proceso de maduración del conocimiento humano. Este proceso de maduración es tan natural como el de cualquier otra especie animal y dispone al ser humano para desenvolverse en el mundo, con la diferencia de que el mundo humano está también compuesto de signos artificiales, es un mundo lingüístico.

*Ensayos sobre las capacidades activas del hombre* (1785)

Reid inicia sus ensayos ocupándose de la noción de capacidad activa. Las capacidades activas son la inteligencia y la voluntad, que nos distinguen de los otros animales. Adquirimos conciencia de ellas a través de su ejercicio. Quien no ejerza sus capacidades no tendrá conciencia de ellas. Quien las ejerza sabrá que las posee aunque no pueda definir las con claridad. Esto refleja una nota del pensamiento de Reid: la humildad filosófica que reconoce que el proceso de conocimiento humano es tan complejo que es imposible de encerrar en definiciones precisas y puntuales. No es un defecto en nuestro método, es que el objeto de estudio es demasiado complejo.

Después aborda Reid el tema del deber. Revisa varias instancias en las que se puede fundar la noción de deber; en esto se acerca a la temática que también ocupó a Hobbes, Locke, Hume y por supuesto a Kant. Reid busca una instancia objetiva que no dependa del estado de ánimo del agente ni esté sujeta a condiciones culturales. Recurre a una conciencia moral autónoma capaz de disentir de la valoraciones loable/despreciable de la comunidad.

Destaca en este ensayo la noción de acción moral; el ser humano es consciente de que actúa, se sabe agente moral. Por eso espontáneamente valora sus acciones en términos de bueno y malo. Reid afirma que el último motivo de la acción humana es la voluntad. Mientras que las bestias pueden ser amaestradas mediante disciplina y castigos, el ser humano, cualquiera, incluso un esclavo o un siervo, requieren de racionalidad y prudencia: "Todo súbdito de la ley requiere de una concepción general de conducta, lo que es imposible sin cierto grado de razón." (297)

Los seres humanos actúan de acuerdo a máximas morales que siguen o no de acuerdo a un sentido de interés o por un sentido de deber. La noción de deber, es equivalente a la de honor, y el honor es superior al interés. Por honor entiende la adecuación del ideal que un ser humano tiene de sí, en tanto que agente práctico, con sus actos; al margen de la valoración que sus actos reciban de otros seres humanos. Lo más importante es la coherencia entre nuestras acciones y el ideal que tenemos de nosotros mismos. El tribunal para definir el honor de un hombre es su propia concien-

cia moral: "Hay, por lo tanto, un principio en el ser humano que cuando éste actúa de acuerdo con él, le procura conciencia de su propio valor, y cuando actúa de modo contrario al mismo, le confiere un sentido de demérito." (p. 301)

Para concluir pienso que la claridad y la sensatez de las reflexiones de Reid han provocado que en ocasiones se le descalifique como obvio o irrelevante. La cercanía de Reid con las inquietudes de otros filósofos, como Austin o Pierce, ha renovado en los últimos años el interés en su obra. En el amanecer de la filosofía moderna Reid aparece como un pensador disonante y original que reivindica las intuiciones del ciudadano común sin renunciar a la indispensable crítica del filósofo.

*Fernando Galindo Cruz*  
*Universidad Panamericana*

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.